

Peces en la boca

Elena Salamanca

Peces en la boca

Elena Salamanca



Colección



Peces en la boca
Elena Salamanca

Primera edición en México
Febrero 2013

Colección Limón partido.
Proyecto Literal.
Edición: Jocelyn Pantoja.
Literatura y alternativas
en servicios editoriales, S. C.
Tulipán 122 Ciudad Jardín
Coyoacán, 04370.
México, D. F.
gacetaliteral@yahoo.com

Diseño de Arte de la Colección:
Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diseño de portada: María José Farías

Diagramación: María José Farías
Lucero Zaldivar

ISBN: 978-607-9088-39-2

Todos los derechos reservados
Impreso en México.

Este libro se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2012, emisión 28.

La reparación de la virgen.

Cada libro agrega otra cosa, un saber nuevo sobre el cuerpo poético ya existente. Suma un aparataje, un brillo autónomo. En “*Peces en la boca*” no sólo se ha escrito a partir del misticismo en un cuerpo poético, sino es en su entremés e intervalo, en aquel sitio donde cuerpo y misticismo aparatan una escritura, le disparan –con su aparato textual, su sentido- el relato de escritura.

Lo fraguado está allí. Se le dispone al lector.

Retumba a lo lejos esa certeza desasosegada de Marosa Di Giorgio en *Los Papeles Salvajes*: “*Soy la virgen./Estoy sola. Silba el viento. ¿Adónde voy? ¿Adónde voy?/ Y jamás habrá respuesta*”.

Virgen restaurada.

Elena Salamanca no sólo ha escrito sobre ese sitio conocido para su saber literario remecedor, restaurador de una lengua poética cuya tradición ha suscrito. Tradición, por cierto, respuntada entre Sor Juana Inés de la Cruz en forma de reescritura, con el imaginario de la lengua española hablada hacia el XVI-XVI donde la palabra “ejercicios” suscribe un espíritu elevado y sacro de quien escribe, los braceos de Viel Temperley o la referida vociferación marosiana, además de un sin fin de materiales cotidianos, sitios precisos del ritual femenino.

Aquella discontinuidad de la nota del biografema y anotación, espacia para allanar el texto a una digresión del relato compreso.

Afana ese apunte una apariencia, la del encuentro puro –sin corrección- con la lengua de escritura.

Comprimir y rescribir.

Cerrar escritura.

Enfilar una poética.

No sólo ha escrito sobre un cuerpo disponible, un cuerpo femenino: ahí el amor, ahí su espejo, ahí su beso, ahí el hombre sentimental de la moral cristiana. Allí, cuando el relato retoma su espejo, se pierde en él, deglute su forma elemental –el reflejo- para quedarse con la idealización del procedimiento.

Tradición enfilada de una poética cuya tradición ha suscrito Elena Salamanca para sí misma, dándole lugar a una propia escritura.

Aquí no hay original, hay apogeo de la copia, suspensión de la tradición literaria para que le sea posible, en su recoveco más primigenio –tal vez el sentido perdido- un relato que pueda ubicarse, lateralmente, en la eficacia mística: elevar el cuerpo, pensarle, restaurarle su relato de sujeto.

Elena Salamanca jamás ha cerrado una escritura.

Sí, contradigo, a contrapelo las frases anteriores, quiero repetir –re-semantizar- lo que ella hace con el lector, lo da vuelta en su orden. ¿así que descendente es que avanza el verso y su trama? ¿así puede desaglutinarse un cuerpo de lectura?

O en preciso, ¿cómo desarticular el relato de lo virginal desde la escritura en femenino?

Nada está reservado para la escritura, y sus reservas, a juzgar por sus mecanismos evidentes, la repetición o un sonsonete –que amplifica el oído clásico del verso- hacen de escribir-en-virgen, como prosapia general para enfrentar un libro, cada posición de la letra, guía las estrategias del sentido.

Si el original de la virgen posibilitase una escritura o diera forma en ella, a un grito que gire sobre su imagen, el original de esa operación

estética enfrenta al libro sin un margen preciso, quitando la posibilidad fija de lectura.

La virgen cae y se destrona.

Un cuerpo de lectura, también profano, donde el signo de virgen se quitara del plinto, cayera de sopetón, y en esa caída –incluso, con esa velocidad- se debatiera el sentido del libro.

Javier Norambuena
Tijuana, Abril de 2013

Los espejos

Cuando robo el labial de mi madre

Ese ejercicio de niña.

A escondidas.

Pintarme la boca para parecer mujer.

Ese ejercicio de ahora.

Clandestino.

Jugar a ser niña.

Estoy tan cansada de ser mujer.

La primavera

Quiero tener un novio
presuntamente formal.
Vivir con él:
él en su cuarto, yo en el mío.

Habrà un espejo pequeño en mi cuarto
al que me asomaré de vez en vez:
En verdad fui la más guapa del reino, Blancanieves,
pero los espejos
son excusas para ser otros

-y quizá no haya sido yo-.

Lloraré un par de veces frente al espejo
sobre todo
cuando en la madrugada escuche que mi novio abre la puerta de
la casa.
Regresa,
va a la cocina por cervezas,
ríe.
Camina hacia su cuarto
y una mujer ríe con él.

Sabrè entonces
que hay años en que no llega la primavera
o quizá nunca llegó.

Sonrisa de ratona

Mi amigo Davor es hijo de comerciantes; siempre me trae cajas de las galletas que llegan a la tienda de sus padres. Yo las como frenética, crac-crac-crac. Davor me llama ratoncilla.

La sonrisa de ratona se me quebró ayer.

Estaba royendo la última galleta, y, crac-crac-crac, ¡mi diente! Me vi al espejo. El diente quebrado. El diente de adelante, el de la sonrisa. El diente de sonrisa de ratona que seduce.

Entonces acabará mi suerte:

Ya no me pedirán que aparezca en portadas de revista. Ya no seré la mujer más bella y brillante –brillante sonrisa- de la ciudad. Ya no sonreiré para mi pasaporte, para mi cédula. Ya no sonreiré en fotografías familiares, y, sobre todo, ya no firmaré fotografías para mis novios:

Tuya, siempre.

Y ellos no me dirán:

Sonrisa de ardilla.

Sonrisa de tiburona.

Sonrisa de gata.

Ya no seré una devoradora de hombres. ¿Con qué dientes voy a morderlos, masticarlos?

Ya no llegarán a mi buzón las cartas de los muchachos que me observan cuando compro en el mercado y me siguen, a escondidas, hasta mi piso.

Esas cartas que dicen:

Sonrisa de perlas.

Boca de conchanácar

Stella Maris...

Mare nostrum

Labial antes de dormir

Todas las noches, antes de dormir, me pinto los labios.
Mi madre dice que las cucarachas vendrán a comerme la boca.
Yo le digo que no, que nunca se sabe y algún día un príncipe
puede venir a besarme.
Hay que estar presentable.
Mi madre dice que es una locura, que solo vendrán las cucara-
chas.

Mi madre es tan ingenua.

Los espejos

En su casa hay un espejo igual al de mi casa. En su casa, hay una foto de un niño que es él: el niño se detiene en el espejo con la boca. Se besa.

En mi casa hay un espejo igual al de su casa. Mi madre guarda una fotografía en la que me doy besos en ese espejo: las piernas aún indecisas de soportar el cuerpo, con toda la debilidad vertical del primer año de vida, la cabeza apenas con cabello, la boca... La boca no existe, está sostenida en el espejo.

¿Me estás besando?

Yo me paro frente al espejo, tiro besos. Entro a mi espejo, salgo en el suyo. Conozco a su padre. Beso a su padre, concibo al niño que es él. Lo llevo en la lengua, regreso a su espejo, sin foto, sin niño, entro. Vuelvo a mi espejo. Me veo. Saco la lengua, la llevo al espejo. Lamo. Desde su espejo, el niño se detiene con la boca. Una boca es una boca hasta que ha sido besada. Él ha nacido. Lo acabo de nacer.

Gymnosperma

Fotografía escaneada de Irene y Pablo en Facebook

Ahí están ellos, alterados e inalterables. Tienen la belleza de los relojes detenidos. Una belleza un poco cítrica, casi amarilla, que come la imagen.

Yo no dejaré de verlos porque las manos de león que crecen atrás de ellos son del verde de las manos de león del patio de mi abuela; o quizá no sean manos de león, y yo ya esté delirando, porque el tiempo, porque las cosas.

Llevan diez años riendo de la misma manera desde esa escalera a la entrada de una casa de pueblo. Tienen el cabello hermoso y la sonrisa de la verdad.

Yo voy a verlos. Con algo de dolor y envidia. Y añoraré algo que no he tenido.

Yo voy a verlos. Hasta que el amarillo los coma definitivamente: primero, las hojas serán más verdes, de verdes más claros, casi amarillos; luego, los cabellos tan negros y hermosos, se teñirán de rubio, anémicos. Solo quedarán las bocas. Oxidadas.

Yo voy a verlos con algo de envidia: Nunca tendré una gran historia de amor: Mis fotografías son digitales.

ID

Siéntese.

Edad: 26 años.

Profesión u oficio: ...

En los documentos de identidad siempre salimos ojerosos, el cabello despeinado.

Mueva el cabello atrás de la oreja.

En los documentos de identidad somos parcos, no sonreímos.

Mire de frente.

Yo veo hacia el frente, al lente de la cámara, y sonrío. Mi mejor sonrisa. La más amplia, con más dientes.

La fotografía del documento de identidad es la única que quedará después de mi muerte.

Cuando me maten, recogerán mi cuerpo y mis documentos. Meterán mi cuerpo en una bolsa negra y mi dinero en sus bolsillos.

El documento de identidad dice cómo nos llamamos y qué tan profunda es la sombra debajo de los ojos. Cuánto hemos vivido y lo opacos que nos vemos en ese preciso momento en que somos un cuerpo en una bolsa.

¡Flash!

Esta foto será la que aparecerá en la noticia de los periódicos y los telediaros para que puedan identificarme, ir por mí a una

morgue, enterrarme.
Es lo único.
Yo no quiero morir seria. Ni infeliz.
Yo sonrío para la foto.
Para la muerte.

Ejercicio mientras sirven la cena: Novia inconclusa

Yo fui una novia inconclusa.

Me regalaron flores
que nunca olí.

Alguna abeja venenosa, adentro de la flor, podía picarme.

Y yo,
alérgica,
no quería morir de amor.

El jardín

III

- Este jardín se está secando -gritó el hombre al fin, jadeando. Se había perdido tantas veces en el laberinto de arbustos, las ramas le habían caído en la cabeza, las había destrozado con sus pasos, había tocado las paredes de follaje, se había recostado en ellas para oír algo. Había vuelto a correr y perderse hasta llegar a la mujer.

La mujer dejó de podar un rosal.

El hombre se acercó a ella y la haló de un brazo:

- Usted ya no canta.

La mujer se soltó y arrancó una rosa.

-¡Cante! -gritó el hombre.

La mujer llevó la rosa a su boca.

-¡Cante! -insistió él.

La mujer mordió la rosa. Le supo a cebolla.
Lloró.

I

-Vengo a proponerle algo –las botas barrozas hicieron temblar el piso-. Cásese conmigo.

La mujer levantó los ojos de los pétalos, de las venas secas, transparentes, donde una vez circuló vida, del papel delgado para guardarlas, de la mesa.

- ¿Por qué voy a casarme con usted? Yo no lo amo.

- La gente no se casa por amor.

- Pero yo no quiero, usted no me gusta.

- Yo no quiero nada con usted, cosas de esposos... No quiero.

- ¿Y qué quiere?

- Dicen que usted canta cuando riega las flores. Tengo una casa con jardín. Es enorme. Es suyo. Quiero oírla cantar. Ya me cansé de los acetatos.

La lluvia

Otra vez espera la lluvia –le dijo el hombre.

La mujer estaba sentada afuera de su casa; había sacado una cestita con mandarinas: les metía los dedos, sacaba el jugo, chupaba la fruta.

- Otra vez –escupió ella las semillas de mandarina.

- ¿Por qué no se va conmigo?

Tengo marido.

Yo no creo que usted sea feliz con su marido.

La mujer lo vio sobre el hombro, y escupió otra semilla.

- Ninguna mujer que es feliz con su marido viaja tan lejos para ver llover.

- Usted no conoce las lluvias de aquí.

- Llueve en todos lados.

- Aquí no llueve como en todos lados.

- Véngase conmigo.

- Estoy casada.

- Su marido no hizo nada cuando usted le dijo: me voy a ver llover. Yo la he seguido. Yo supe que usted venía para acá y dejé todo, me vine siguiéndola.

- Es cosa suya.

- Usted sabe que uno no tiene voluntad, es como un perro: se acostumbra a un olor, lo reconoce, lo busca. Yo solo conozco su olor.

La mujer le ofreció una mandarina:

- Tanto que ha hablado, quítese la sed con esto. No se le vaya a rajar la boca.

- Debería saber que aquí no llueve, es desierto –mordió la cáscara el hombre-. Y cuando llueve, solo llueven cosas raras: polvo, pedazos de monte.

- Peces.

- ¿Cómo va a llover peces si no tienen alas?
- El monte tampoco tiene alas.
- Aquí solo hay polvo. Debería saber usted que el polvo pone triste a la gente. Mire cómo me ha puesto a mí.
- No hubiera venido –la mujer juntó con su pie las semillas escupidas.

El hombre escupió la mandarina, cruzó los brazos y los detuvo en su cabeza. Se recostó en la pared de la casa. Una bocanada de viento cruzó el camino, levantó el polvo y se le metió en los ojos.

- Se lo dije –se limpió los ojos.

La mujer se tapó los ojos con las manos y se levantó. Echó a caminar, el polvo formó un remolino que se elevó al cielo. La mujer levantó la cara y vio en el cielo un agujero que comenzó a chupar todo lo que podía: las hojas, los pájaros, el polvo.

- Regrese a la casa, se la va a llevar el norte –gritó el hombre.

La mujer siguió caminando.

- ¡Regrese! –volvió a gritar el hombre.

Cayeron unas gotas. Plateadas, largas, delgadas.
Y el hombre sintió que algo bajaba por su mejilla, tal vez una lágrima, tal vez la lluvia.
Eran peces.

CODA
(a/histórica)

Cuando yo sea medieval

Sobre el mito de Santa Tecla

Un hombre pedirá mi mano
y me la cortaré.
Nacerá otra
y volveré a cortarla.

El hombre pensará:
qué perfecta mujer, es un árbol de manos:
podrá ordeñar las cabras,
hacer queso,
cocer los garbanzos,
ir por agua al río,
tejer mis calzoncillos.

Pero yo seguiré cortando mis manos
cuando me diga:
Mujer, te he pedido,
y debes ordeñar las cabras.
Mujer, eres mía,
trae agua del río,
sírvenme el queso,
ve al pueblo por vino.

Mis manos caerán como caen las flores
y se moverán por el campo,
necias.

No ordeñarán las cabras,
no irán por vino al pueblo,
jamás zurcirán sus calzoncillos

y nunca,
mucho menos,
acariciarán sus testículos.
El hombre dirá:
Qué mala mujer,
es una maldición de manos.

Irá por un hacha,
cortará mis brazos.
Nacerán nuevos.

Entonces pensará
que el inicio de la vida se encuentra en ombligo
y cortará mi cuerpo en dos.

Mis miles de manos cortadas
se volverán azules
y se moverán.
Secarán el trigo,
jugaran con el agua,
secarán el río,
arrancarán las raíces del pasto,
envenenarán a las cabras,
al queso.

Y el hombre pensará:
Qué maldición más grande:
prohibido debe estar pedir a una mujer que tiene voluntad.

Encuentro

Él es el del corazón puro
del que hablan las escrituras.
Yo tengo las sandalias rotas
y enlodadas.
No puedo tocarlo con mis manos
heridas de apartar zarzales:
mis uñas negras podrían hincarse
en la rosa de su vientre
y romper las cítaras dulces
y vírgenes
de las escrituras.

Él es el del corazón que canta
en la flauta de los viejos.
De quien nacieron todos los frutos
y quien llueve cuando cierra los ojos.
Yo no podré alcanzarlo,
tengo las sandalias rotas.
Yo no podré tocarlo,
tengo las manos entumecidas
de buscar entre el lodo
todos los días el espejo.

En ese espejo,
dicen los viejos
dicen las escrituras,
podré verlo alguna vez,
aunque sea de espaldas.

Entonces de mis uñas nacerán rosas
los hilos de mis sandalias serán

alas de mariposa
y él vendrá con el corazón puro
y podré comerlo.

El fruto

El fruto era tan brillante
que yo no sabía hasta dónde comer.

Está dicho:
Las mujeres no pueden probarlo:
al llevarlo a la lengua,
se abrirán otros labios
adentro.
Y la fruta
será
un ardor
y un gozo.

En este bosque hay frutos azules
que huelen a hombre
y otros
que, al morder,
saben a la muerte de las vírgenes.

Pero este fruto era tan dulce
que olvidé
que está dicho que al morderlo
dentro de mí nacerá otra boca
y esos labios se abrirán
buscando otro fruto.

Sobre la piedra de la locura

En medio de la frente, la piedra parece una gota de sudor,
un lunar.

Le han colocado cruces de ceniza,
puñados de sal
para matarla
como se mata a los caracoles después de la lluvia.

Ha llovido mucho y la piedra sigue en mi frente

crece

habla

y mira:

Mañana vendrán a enterrarme de pie

con los ojos abiertos,

el ombligo en la boca,

descalza:

Solo los locos saben el camino de Dios.

Sor Juana en el espejo

Sor Juana en el espejo

El agua,
como el espejo,
cae de las paredes.
Siempre temimos asomarnos al espejo:
Podía ser un estanque.

Y esta boca
que ha buscado tanto tiempo
podría besar
a esta boca que puede ser cualquier otra
y caer dentro del agua
como la humedad que nace en lo profundo del cuerpo.

Bodegón con Sor Juana

Morderé la fruta.

Mancharé los baberos de encaje que tejí por tres siglos como la araña:

siempre sujeta a la mosca, siempre sujeta al aire.

La fruta escurrirá por mi boca

como escurre la baba, como escurre la sangre.

Clavaré las uñas sobre los gajos de la mandarina:

mujeres que se abren en espera de dientes mayores que los míos.

Seré animal como el negro que carga la fruta en el mercado:

no lee vocales y nunca ha visto el sol.

Yo no bajaré el ojo, como el negro,

puedo ver el sol entre tus piernas.

Gajo de mandarina

has sido.

Sor Juana en la jaula

Dame una miga de pan como al pájaro,
la gente tiene compasión a los que no hablan.

Dame una miga de pan, enciérrame en la jaula,
quiero ser motivo de cuadro japonés.
Búscame un novio de pecho enchido, rojo corazón de salvaje;
los machos siempre serán los libres.

Ármame un nido,
pondré un par de huevos.
Cantaré.

Y cuando muera,
ponme en la sala
sobre una rama de árbol que jamás conocí.
Precioso motivo de cuadro japonés.

Sor Juana derrama la tinta

Las palabras desaparecerán
en unos años.

La tinta todo lo puede, todo lo come
con sus colmillos de hierro:
hiere la pluma el papel
y en la distancia el rojo de su fuente será
costra,
sombra.

Las cosas serán los pies verdes del rey
mínima estatua de estiércol de palomas.

Y mi boca estará rota
como estas palabras.

Sor Juana vomita la cena

Mira, Juana, este panecillo será abundante como la tierra,
con él se alimentarán los hijos de los hijos
de tu vientre, Jesús.

Juana no contiene el asco del fruto de un vientre de donde salió
un hombre del que manó agua y vinagre,
y se lleva las manos a la boca
y se dobla en la cocina.

Reconoció el negro a su mujer en la pulpa fresca de la fruta
y el indio cayó de hinojos ante el pájaro:
antes eran iguales, vivos en esa tierra,
ahora no puede siquiera mirar el vuelo:
El pájaro está más cerca de Dios –le han dicho–,
no mereces verlo.

Ese pan tiene la sangre de los pájaros y de las frutas,
la sangre negra estancada del negro
y la sangre roja derramada del indio.

Y Juana se dobla, tose,
se retuerce frente al pan.
Qué pasa, Juana.

Y Juana escupe:
pajarillos
peces de acuario
y dos hostias
blancas
como papel

La Familia o el olvido

El recuerdo

*

El hambre es el único recuerdo. El hambre es el recuerdo. El hueco en el estómago que come la carne viva que come y ya no come. Arde y dobla el estómago, dobla el hueco. Teresa es una mujer con un hueco debajo del pecho, y debajo de las piernas: nada, tal vez el aire.

**

Parecía que estaba dormida y que soñaba que volaba. Parecía dormida con los ojos entrecerrados y las pestañas temblorosas, como en una pesadilla. Parecía Teresa detenida en el cielo, como una virgen en tránsito, como el pájaro, como una nube. Teresa estaba despierta y flotaba.

El viento la levantó mientras desayunaba. Ella se aferró a la mesa; los ojos le temblaron como temblaron las tazas y los platos. El pan comenzó a caer, miga tras miga, de su boca. Hincó las uñas a la madera para detenerse, como un ancla, y arrastró las uñas hasta perderlas, hasta sangrar.

El viento, o algo invisible, la halaba. Le había levantado la falda, primero, y luego los pies. Las enaguas se movían como los molinos y la encubría un torbellino que nacía de ella misma.

Entonces Teresa se venció.

Cerró los ojos, sintió un hueco en el estómago y se disparó hasta el techo. Tembló y miró hacia abajo: la mesa deshecha, el vino caído, el mantel manchado, las tazas volteadas, el pan en un inconcluso bocado.

Las viejas entraron y no la encontraron. Ella quiso esconderse aferrarse a una viga, pero no dominaba su cuerpo ingrátido. No la buscaron, no vieron hacia arriba. Las viejas siempre miran abajo, sobre todo cuando van quedándose ciegas, para las ciegas solo existen las paredes, los rostros de las gentes, el contacto. Tocaron el mantel mojado, organizaron la mesa, tiraron el pan.

Y Teresa tuvo hambre.

Y no pudo comer.

Nunca.

Y tuvo, por primera vez, pavor.

*

Las viejas entraron y salieron de la cocina varias veces, horas, días. Nadie veía arriba, a la muchacha que agonizaba. Se había pegado al techo como un huevo de insecto y se iba volviendo blanca, transparente y blanda.

El hambre era una mancha de saliva en el cuello. El hambre era el único recuerdo. Era dura en medio del alma. El pan era duro, también, tirado en ese cesto, jamás comido, jamás mordido, jamás colmado de miel. La lengua de Teresa fue haciéndose gelatinosa como otra saliva espesa. Volvió a ver hacia el cesto: del pan nacían pequeños hongos, como árboles cutáneos. Teresa intentó moverse como un torbellino con voluntad. Movi6 los pies, los enroll6, se hizo tornillo, taladro, y quiso bajar al piso, como en un zambullido.

No tuvo fuerza, era aire. Y como todo aire, sigui6 flotando.

**

Un día sintió el olor de una sopa: vio las cáscaras de las patatas, las zanahorias, los ayotes y las cebollas. El olor le recordó lo único que conocía: el hambre. Entonces abrió los brazos, abrió las piernas, levantó una mano y asió una viga, luego, otra, varias, hasta llegar a la pared. Bajó como bajan las arañas y se acercó a la estufa. Se separó de la pared e intentó dominar la flotación hasta la olla con la sopa, se acercó, un poco, y cuando estuvo cerca de la olla, lo suficiente para al menos probar una tapa, la saliva comenzó a caer por su boca y el aire la llevó de nuevo arriba.

Otro día pudo bajar.

Cuando estaba a punto de acercarse a un plato con huevos, las viejas entraron. Teresa se respingó, se asió a una silla y cerró los ojos. Las viejas pudieron verla al fin. Pensaron que rezaba, que penitaba.

Se dijeron:

-Lleva tantos días escondida del mundo, en ayuno. Es tanta su templanza que viene a hacer su penitencia a la cocina. Es una santa.

Rompieron varios huevos y los dejaron en un plato, reposando. Y salieron de la cocina.

*

Los cascarones de huevo iban creciendo como una pila de cadáveres hermosos.

Y Teresa arrastraba las manos por el aire para asir al menos la fragilidad del cascarón, la fragilidad de la boca, la sed de la saliva. Pero subía.

Iba subiendo.

Hasta detenerse en las vigas del techo, quedarse ahí, sujeta, a dos manos, colgada, como un murciélago de falda almidonada.

Cuando oía pasos, se movía entre las vigas, hacia el inicio de la pared, aferraba los dedos a los agujeros de las piedras, y la telaraña, y bajaba, reptando, hasta los costales de trigo.

Las viejas entraban, y la veían tan inmersa en contar los granos que no le decían nada. No hay que interrumpir a las penitentes, sería como tirar agua fría sobre el perro recién apareado, alguna locura pasaría, un aullido intermitente se convertía en su voz.

A veces, Teresa tomaba las semillitas, las llevaba a su boca, mordía. Pero la semilla es una cáscara y en ella no existe aún la harina, mucho menos el pan, jamás el sabor.

Y flotaba.

Seguía flotando hasta golpearse con el techo. Sin posibilidad de bajar.

La saliva le escurría por la boca y pensaba en hacerse una sopa.

Formó una escudilla con sus manos y la llevó debajo de la boca.

Y esperó.

Horas.

Cada día más cansada.

Las encías más hundidas.

Las manos transparentes como la cáscara de cebolla.

Y la saliva se arrastró desde el inicio de la lengua hasta los dientes, escurrió por los colmillos, bajó por la barbilla, cayó en las manos, las colmó. Y ella levantó la mano con la última fuerza. Y se bebió.

Finalmente.

DOS memorias familiares

I

En algún lugar del mundo una mujer ve a un hombre. Lo reconoce, lo persigue. Corre por la calle tras él como corren las adolescentes detrás de las estrellas de cine. Lo alcanza. Frente a frente, el hombre no la reconoce. Nunca antes la ha visto, no la conoce. La mujer le pide tomarse una foto, como piden las adolescentes a las estrellas de cine. El hombre, un viejo, accede como acceden las estrellas de cine. Posan para la cámara, medio sonríen y medio se abrazan, como posan, abrazan y sonríen las estrellas de cine con desconocidas.

Un día la mujer volverá a su casa, correrá a un álbum familiar y encontrará al hombre. Es igual. Es como si su padre hubiera envejecido veinte años. Es como si su padre nunca hubiera muerto.

II

*“Como un desterrado.
Pasando.
Sos el porvenir, el mañana.
Un recuerdo.”*

Dedicatoria detrás de una fotografía del abuelo tomada entre 1954 y 1957. El abuelo con una pierna cruzada sobre un ladrillo de un enorme zócalo de un edificio desconocido. La pierna detenida en ese pedazo de un país que recién conocía, la pierna sobre un país al que llegó después de engendrar hijos en otros países.

Atrás de ese edificio, la dedicatoria escrita en tinta con plomo, fuerte y precisa, que casi rompe el papel, escrita a esa mujer que seguramente era el porvenir.

El abuelo vio a la abuela en una ciudad que no era la del edificio, en 1957. La amenazó con hacer un escándalo, gritar, enloquecer, matar a unos cuantos hombres, si ella no se fugaba con él. La muchacha que era abuela tuvo miedo, dejó la casa, se fue con él.

El hermano del abuelo advirtió a la abuela:

A malas manos has ido a caer. A ese hombre le gusta trabajar, pero también le gusta tomar, le gusta golpear, le gustan las mujeres.

Le gustaba dedicar fotografías.

Nunca dedicó una fotografía a la abuela.

Seguramente jamás la amó.

Índice

PECES EN LA BOCA

Los espejos	9
Gimnosperma	17
El jardín	23
La lluvia	27
CODA (a/histórica)	31
Cuando yo sea medieval	33
Sor juana en el espejo	43

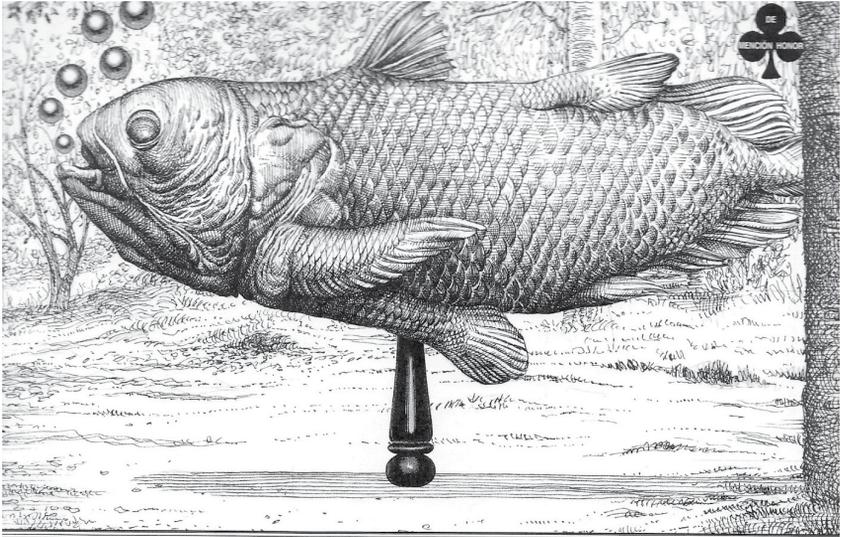
LA FAMILIA O EL OLVIDO

El recuerdo	51
DOS memorias familiares	58

Elena Salamanca (San Salvador, 1982). Escritora e investigadora histórica. Ha publicado los libros *Landsmoder* (Editorial Equizzero, San Salvador, 2012), *Peces en la boca* (Editorial Universitaria, San Salvador, 2011), y *Último viernes* (Dirección de Publicaciones e Impresos, El Salvador, 2008). En 2009, fue becada para escribir una novela en el programa de Estancias artísticas para creadores de Iberoamérica y Haití del Fondo Nacional de la Cultura y las Artes de México y la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo. Antologada en *Hallucinated Horse: New Latin American Poets/Bilingual Edition*. (Pighog Press, Inglaterra, 2012); *Voces femeninas en la literatura centroamericana* (Universidad de Alcalá de Henares, España, 2012); *4M3RICA 2.0* (Universidad de Nuevo León, México, 2012); *Barcos sobre el agua natal* (Editorial literal, México, 2012); *Una madrugada del siglo XXI. Antología de poesía joven salvadoreña* (El Salvador, 2010) y *Nuevas voces femeninas salvadoreñas. Antología poética* (El Salvador, 2009). Explora su trabajo literario a través de lenguajes plásticos, y ha expuesto: *Solo los que olvidan tienen recuerdos* (México, 2009, El Salvador, 2012); *La sábana*, bordado/desbordado (El Salvador, 2010); y *Landsmoder*, registro de acción poética (El Salvador, 2012). Se especializa en historia cultural: Ha escrito *Los libros de San Lucas. Paleografía y codicología de dos libros facticios de la cofradía de San Lucas Cuisnagua, s. XVII y XVIII*. Actualmente estudia la resonancia literaria de Salarrué en la escritura de Juan Rulfo.

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago, 1973), *Abyecta*.
 Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
 Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
 Ingrid Solana (México, 1980), *De tiranos*.
 Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
 Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
 Alan Mills (Guatemala, 1979), *Sincopes*.
 Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
 Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
 Ana Rüsche (Sao Paulo, 1979), *Rasgada*.
 Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
 Héctor Hernández Montecinos (Santiago, 1979), *NGC 224*.
 Nicole Delgado (San Juan 1980), *Violencias cotidianas*.
 René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
 Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
 María Eugenia López (Buenos Aires, 1977), *Arena*.
 Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
 Elisa Andrade Buzzo (Sao Paulo, 1981), *Noticias de ninguna parte*.
 Javier Norambuena (Santiago, 1981), *Humedales*.
 Luis Téllez-Tejeda (Naucalpan, 1983), *Media tarde*.
 Balam Rodrigo (Villa de Comaltitlán, 1974), *Icarías*.
 Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
 Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
 Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
 Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
 José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
 Jamila Medina Ríos (Holgún, 1981), *Primaveras cortadas*.
 Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indecifrible*.
 Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
 Yaxkin Melchy (1985), *III Los Planetas*.
 José Córdoba (Porcón La Libertad-Perú, 1979), *Animal desbocado*.
 Daniel Rojas Pachas (Lima, 1983), *Soma*.
 Paula Ilabaca (Santiago, 1979), *Ciudad lucía*.
 Jesús Bartolo (Atoyac de Álvarez-Guerrero, 1970), *Iconografía de un Duelo*.
 Guadalupe Galván (Ciudad de México, 1973), *Sólo la música*.
 Manuel de J. Jiménez (Ciudad de México, 1986), *Final del estado*.
 Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), *Chicle*.



CE

LA

CANTO